

con esa suavidad terrible que poseen los hechos indiscutibles. Les hice ver cómo Calles, elevado al poder por las armas de Obregón y eminentemente impopular por sus antecedentes: de verdugo, tenía que pagar un enorme ejército para poder sostenerse, y los gastos de ese ejército le habían obligado a reducir el presupuesto de Educación a la mitad; les hice ver cómo Calles bolchevique se ocupaba de comprar estancias, latifundios; les hice ver cómo Calles, liberal, se ocupaba de sacar de sus casas a sus enemigos para fusilarlos. Les pregunté yo, a mi vez, cómo es que *The Nation* que sabe todo esto tan bien como yo, no ha levantado su protesta, no ha dicho una sola palabra; al contrario, ha estado defendiendo, estimulando al caudillo de México en todos sus atropellos. ¿Cómo es, les dije, que este semanario puritano, liberal, incorruptible según se afirma, para tratar los asuntos del mundo, cuando se trata ahora de México no sólo transige con el crimen sino que lo apoya, lo alaba, lo exalta? Y por último, agregué: La actitud pacifista, humanitaria de *The Nation* en cuanto se trata del mundo; pero implacable cuando se trata del pueblo mexicano, me causa el efecto de un vegetariano que en su país se abstiene de comer carne de animales, pero come gente si está entre caníbales; vegetarianos en su país y caníbales en el extranjero; eso es, les dije, el efecto que me causan ciertos artículos de *The Nation*.

Después de esta pequeña explicación, hubo algún suspenso, pero parece que todos nos habíamos decidido por lo menos a hablar claro, porque el redactor en jefe me dijo cortésmente, pero con aire de que me iba a desconcertar: ¿Y cómo es entonces que usted sirvió a Obregón varios años? Muy fácil, respondí, y no hay contradicción en mi conducta; en los años que yo serví a Obregón se gobernó con la ley; después Obregón se apartó de la ley, se olvidó de su programa, nos engañó a todos, se hizo dictador y, desde entonces se vio acompañado de hombres muy distintos de los que le siguieron al principio. Después le dije, que es Obregón el que se ha apartado de la moral y del decoro y no sus antiguos partidarios. Con esto terminó el almuerzo; subimos a la terraza para ver el panorama de la ciudad de Mammon, y el mismo redactor que me había lanzado la pregunta inocentemente malévolamente, me explicó: Nosotros no podemos cambiar de política respecto de la administración mexicana, no obstante que conocemos sus yerros, porque nos desacreditaríamos en nuestras censuras a la administración norteamericana si, de la noche a la mañana confesásemos que nos habíamos equivocado en la cuestión mexicana. La excusa no me parecía suficiente ni digna y mucho menos puede ser aceptable cuando se considera que algunos—por lo menos—de los colaboradores de *The Nation* han recibido sueldos o gajes de los caníbales de la administración callista. Me convencí de que mi impresión de desagrado para *The Nation* era justa cuando se hicieron públicos los documentos que reveló Hearst. Entre los pocos cuya autenticidad quedó patentizada estaba un recibo de *The Nation* por mil dólares recibidos del gobierno de Calles, por anuncios. No sé yo qué mercancía tengan que anunciar los gobiernos. Sé también que la suma de mil dólares es insignificante para un publicación como *The Nation*; pero una serie de indicios acaban por volvernos escépticos; acaban por darnos la impresión que citaba yo antes,

cuando se trata de los amigos profesionales de México entre la prensa, entre la intelectualidad norteamericana. No aman al México bueno, al pueblo que sufre, al artista que crea, sino al gobierno poderoso: vegetarianos en su país y caníbales en el extranjero; he allí la impresión que me dan la mayor parte de estos profetas del acercamiento intelectual y moral de Norte y Sud América.

La actitud de *The Nation* ha sido típica de lo que acabo de decir, pero *The New Republic*, el otro de los órganos de izquierda, de liberalismo, ¡qué sé yo!, no ha sido menos singular. Allí escribe otro perito de la situación mexicana; perito de la América Latina en Estados Unidos, el famoso radical Carlton Beals. De cuando en cuando Carlton Beals pierde los estribos y publica artículos como aquellos en que revelaba las crueldades de Calles y Amaro durante la campaña de reconcentración de los rebeldes de Jalisco. Pero en seguida repara los agravios anunciando como anunció después de las elecciones de noviembre último: primero, que yo había perdido, pero que había disfrutado de las más amplias garantías; se olvidó de los catorce millones de mexicanos que votaron por mí; se olvidó de los intentos de asesinato en mi persona, y se olvidó de los centenares de mis partidarios asesinados por el gobierno; pero cuidó de agregar que Ortiz Rubio, aunque nada valiera en persona, era fuerte porque lo respaldaban Calles y Amaro. Este artículo apareció en diciembre de 1929 en *The New Republic*.—El ingenuo Waldo Frank, cree todavía en *The New Republic*, y me habló a mí del apostolado de

The New Republic. Pero volviendo a Carlton Beals, algo ocurrió recientemente, alguno de los artículos suyos en *The New Republic* disgustó a los caníbales, porque, de pronto anunció el cable que había sido encarcelado por orden de Amaro, el Ministro de la Guerra de Ortiz Rubio, el brazo derecho de Calles. En el instante de ser aprehendido, el radical Carlton Beals, el bolchevique Carlton Beals pidió auxilio ¿a quién pensaréis? ¿Moscu? No, señor; a Mr. Morrow que estaba en Londres, a Mr. Morrow, embajador de Estados Unidos en México, íntimo de Calles y representante de la casa Morgan. Y la aprehensión del radical Carlton Beals, el amigo de Sandino, no duró dos horas, porque antes llegó el telegrama de Londres, el telegrama de Morrow, y Carlton Beals quedó en libertad.

Lo cual a mí me enseña que, por muy bolcheviques que sean éstos nuestros amigos del Norte, o por muy liberales y apostólicos que se nos presenten, en realidad son, no dejan de ser súbditos—y leales—, servidores fieles del Imperio. Y no obstante que es tan poderoso el Imperio, ni siquiera nos manda a sus apóstoles por su cuenta; siempre son instituciones nuestras, gente nuestra quien los paga. El servilismo inconsciente en los pueblos sometidos no hace tomar en cuenta entusiasmos con todos éstos que se dicen nuestros amigos, pero que fácilmente se descubren en la primera prueba, y nos comprueban que son más peligrosos que nuestros enemigos francos; más peligrosos que Brisbane y los imperialistas son estos falsos amigos: nuestros amigos.

José Vasconcelos

Otra vez Ford

(Envío del autor)

Don Juan del Camino en su segunda salida contra Henry Ford ironiza un poco a mi costa. Dice que en un manual industrial para uso de escuelas y el punto de vista de un obrero me han convertido de la noche a la mañana en un apolo-gista de la fordización. Es verdad que de las dos cosas me serví al escribir mi artículo, y no me arrepiento en absoluto. No me creo tan sabido en estas materias técnicas para desdeñar el uso de un manual, y en cuanto a las opiniones del obrero francés a quien el peregrino señor de las *Estampas* llama con gran desdén «un pobre repetidor de las ideas de auto-propaganda del manufacturero yanqui», quiero darle, por si acaso los ignora, algunos datos. H. Dubreuil es autor de dos libros: *La République Industrielle* prologado por Charles Gide, y *Standards* prologado por H. Le Chatelier de l'Académie des Sciences de París. El nombre de estos ilustres padrinos bastaría a recomendar tales obras, pero quiero también agregar que la última, que es la que por ahora nos concierne, está editada por Bernard Grasset, 1929, contiene 425 páginas de lectura nutrida, de hechos y observaciones agudas y ha sido recientemente traducida al inglés (posiblemente dirá Don Juan por cuenta de Henry Ford y con miras de propaganda).

Me tienen pues por esa parte sin cuidado las ironías de mi contendor, pero pienso que él ha confundido las cosas. Yo me referí, como notará cualquiera que se tome el trabajo de leer otra vez mi artículo, al punto de vista del obrero francés únicamente con respecto al peligro del automatismo que algunos apuntan a la producción en masa, y dije, y no tengo empacho en repetirlo, que después de la lectura de Dubreuil muchos de mis recelos sobre el particular han desaparecido. Un contrincante menos apasionado que el mío hubiera tratado de buscar el libro ya que a mí no me era posible, sin abusar de la hospitalidad del *Repertorio*, dar las varias e interesantes experiencias de Dubreuil en las fábricas americanas, o al menos hubiera observado que las citas que de él y del manual hacía yo en mi artículo, referentes a la fábrica, la escuela y el hospital de Ford, llevaban un objeto más bien didáctico que contencioso, pues que juzgando por lo que pasa aquí,—donde aún los enemigos del fordismo reconocen la admirable organización de aquellas instituciones—supuse que nadie en ésa trataría de negarla. Don Juan, sin embargo, no halla nada de qué admirarse. La gran economía de esfuerzo, la utilización de tiempo y de espacio llevada al máximo, la rapidez y la exactitud de miles de